

GFS-210-A27

Acabo de pasar cerca de dos meses en Italia. Y a nadie sorprenderá que traiga los ojos llenos de paisajes y obras de arte y los oídos llenos de canciones. Descubrir a estas horas los valores de la Italia artística y monumental sería puerilidad ingenua; discurrir un poco en cambio acerca de las canciones italianas acaso tenga interés en España donde muchas de aquéllas gozan de extraordinaria popularidad.

Para nadie es un secreto la serie de dificultades con que el gran género lírico tropieza en la hora actual en el mundo para desenvolverse adecuadamente. Por un lado, impresionantes representaciones ofrecidas al aire libre, con instalaciones sonoras perfectas, o en grandes teatros, con montajes sorprendentes, han hecho que la aspiración del espectador se haya tornado mucho más exigente y que toda "puesta en acción" de esos espectáculos, al modo que era corriente hace algunos años, parezca ahora vulgar y mezquina. Por otra parte, los gastos que toda Empresa lírica tiene que afrontar son considerables. Los conjuntos, - orquesta, coros y cuerpos de baile, - tienen que ser, para corresponder a aquel concepto del espectáculo, muy nutridos y muy buenos; y, en cuanto a los cantantes, si son discretos parecerán mediocres y no interesarán; y, si son excelentes, se valorizarán como "divos" a precios desorbitados. Por éso el gran género lírico, para sobrevivir con dignidad, tiene que valerse de las subvenciones oficiales y privadas y ha de ofrecer constantemente versiones que llamen la atención por su carácter excepcional. Italia no se resigna a considerar en crisis su magnífico género nacional y lucha donosamente para mantener el auge de sus famosas óperas. Las representaciones en las romanas Termas de Caracalla, que rehuevan todos los años tradicionales éxitos; el reciente gran festival de Spoleto, donde el maestro Menotti, - célebre autor de EL CONSUL y otras óperas, - ha conseguido llamar la atención de los buenos aficionados resucitando viejas viejas páginas de Donizetti y Rossini; y la gran temporada lírica que en este mes de julio se desarrolla en el inmenso redondel de "las Arenas" de Verona, con WWW LA FUERZA DEL DESTINO y EL TROVADOR de Verdi y el FAUSTO de Gounod, alternándose WWW

durante tres ~~semanas~~ semanas, son claras muestras de la gran lucha que la Opera italiana mantiene para conservar sus glorias y prestigios en su propio país y en todo el mundo.

Pero junto a la gran Opera, ostentosa y lujosa, hay otro arte, mucho menor, que siempre dió a Italia popularidad y dinero: la canción. Y, en estos momentos, la sensación que recibe el viajero que visita con cierto reposo las ciudades y playas de ~~de~~ Liguria y el Véneto, de Lombardia y Toscana, de Roma y Nápoles, es la de que Italia, con el arrebatador triunfo de sus canciones modernas, intenta, no desplazar a los autores e intérpretes de su gran género nacional, sino poner un puente de oro entre las dos márgenes de su caudal lírico que permita pasar del Pasado al Porvenir de la Opera sin que el brillo de los compositores se empañe ni las recuadaciones de los repertorios italianos se resientan. Y ahí están los escaparates de Ricordi y otras Casas editoriales repletos de discos y "ediciones papel" de canciones modernas proclamando el acierto del intento. Italia, pues, ha sabido acomodarse a las circunstancias y sacar partido de ellas. Vió que la música americana imponía sus ritmos en juventudes ávidas de bailes. Y se dijo: -"Pues, si a los ritmos modernos, tan modernos como los que más, agregamos la gracia, el color y la sugestiva belleza de nuestras melodías, estaremos en condiciones favorables de lucha." No se equivocó; y las canciones actuales, nacidas en sus certámenes, sus Concursos y sus Festivales, han invadido el mundo a favor de sus ritmos melodías. Esto, que pudiera parecer cerebral y organizado, se ha producido a mi juicio de manera espontánea y natural; y ha arraigado de tal modo en las masas de oyentes que en Italia las canciones y sus autores apasionan, no sólo a las concurrencias de los teatros y las salas de Radios y Televisión, sino a los grupos callejeros que llevan sus partidismos, - entusiasmos y odios, - a encontrarse, discutir y promover reyertas en favor o en contra de sus ídolos respectivos. Yo he visto en una ciudad del Norte de Italia la pugna, acabada a palos con intervención final de la Policía, entre los admiradores incondicionales de Claudio Villa, el cantante que pudiéramos llamar mantenedor del estilo tradicional, y otros entusiastas de

Domenico Modugno, el revolucionador del género y acaso la figura de la canción más popular hoy en Italia. Al grito de "¡Claudio! ¡Claudio!" de los unos contestaron los otros con el de "¡Volare! ¡Volare!", título de una de las canciones más afortunadas de Modugno; y a los gritos siguió la mutua agresión, y a la agresión la intervención de la fuerza pública. Los hechos ocurridos en el Festival de Nápoles demuestran no menor apasionamiento en el público. Pero la realidad ha sido que en el Festival napolitano se pusieron en circulación nuevas bellísimas canciones, - como antes había ocurrido con el ya célebre de San Remo, - y que esta rivalidad de autores y cantantes y esta verdadera competencia que han establecido Casas editoriales y orquestinas son fecundas en grado sumo para un arte que cuenta ya, como es lógico, con sus dioses mayores y sus séquitos entusiastas. He presenciado recientemente la actuación durante quince minutos, pagada a precios sorprendentes, de Domenico Modugno en la Televisión de Milán. Estrenó una canción y cantó otras dos, ya conocidas, también suyas; y el público le ovacionó sin cesar, tanto en los momentos de indiscutible acierto de sus obras y de su modo de cantar, como en aquéllo en que a mi juicio el artista se siente esclavo de su propia popularidad, exagerando inflexiones y gestos que sin duda en VOLARE, PIOVE, LARINAI y otras piezas le han dado fama y dinero. No menos admiraciones suscita el veterano Renato Rascel, autor de ARRI-VEDERCI, ROMA!, que ha visto coronada su vida de cantante discreto con el triunfo de esta canción que le ha abierto las puertas de los más brillantes festivales europeos. No es Rascel ningún niño, como tampoco lo es Modugno; pero su arte es tan peculiar, su ingenio tan espontáneo y su gracejo tan personal que arrastra a los públicos, que le miran con simpatía.

Al lado de estas figuras se mueven y triunfan otras muy representativas: Roberto Murolo, autor de la letra y la música de SARRÀ CHI SÀ, primer premio del Festival de Nápoles; Testoni y Fanciulli, letrista y músico de IO SONO IL VENTO, la canción finalista en el Festival de San Remo; Aurelio Fierro, el cantor tradicional de las melodías napolitanas; Rino Salviati con su guitarra, Eduardo Lucchina con su acordeón;

Morrione y Marletta, vencedores en Roma con su INCONTRO AL SOLE; Tino

Manlio y Carlo Espósito, autores de PADRONE D'O MARE, la pareja Panzuti-Sciorilli, creadora de una acariciadora CARASELLA y otros muchos jóvenes y viejos, noveles y consagrados que se hallan en el primer plano de la actualidad. No menor admiración inspiran los intérpretes de ambos sexos y varios directores de orquestas. Wilma de Angelis, Gloria Chistian, Germana Caroli, Dana Chia, Marisa del Frate, Wanda Osiris y "Serenella" entre ellas, y Teddy Reno, Arturo Testa, Elio Mauro y Sergio Bruni, con el propio Aurelio Fierro, entre ellos, acompañados por las orquestas de los maestros Marcello De Martino, Carlos Espósito, Marino Marini y tantas más, han sido los felices lanzadores de la mayoría de estas canciones, aparentemente sencillas, pero siempre bien construidas y, en general, apartadas de lo vulgar.

= = = =

España se halla ante unos Festivales en Benidorm y en Barcelona, donde se compulsarán valores de autores y de intérpretes españoles y especialmente mediterráneos. Todo lo que sucede y todo lo que triunfa en Italia puede servirnos de enseñanza. La canción española es tan digna de alcanzar difusión internacional como las más afortunadas francesas e italianas. Precisamente ahora, en las orquestas que se disputan el favor de los públicos cosmopolitas en la plaza de San Marcos veneciana o en los "ristorantes" de lujo de Rapallo y Santa Margarita, las populares melodías de nuestros músicos contemporáneos alternan con las indígenas merced a la inspiración de Padilla, Quiroga, Monreal, Marquina, García Morcillo y otros. Se puede, pues, aprovechar claras lecciones y luchar, como lucha Italia, por su música, cuando las dificultades de nuestro género lírico, -ópera y zarzuela,- necesitan como allí tiempo y dinero para ser superadas.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW